

Rogelio Echavarría

La poesía

refugio
de lo
cotidiano

ANDRÉS ESTEBAN ACOSTA ZAPATA



Hacer de la vida un libro que se escribe con el esfuerzo de cada día. Esta fue la labor de Rogelio Echavarría (1926-2017), poeta de un solo libro *in crescendo*, el equivalente a constatar que cada momento que se vive contiene todo lo necesario para ser transformado, por medio de la palabra, en poesía. No es la tarea heroica e imposible de pretender que cada instante sea excepcional, sino que, es la conciencia de saber que en cada segundo la existencia se agota y algo de eso fugaz puede quedarse con nosotros.

El transeúnte define a Rogelio Echavarría. Un solo texto le bastó para hacerse un lugar privilegiado en la historia de la poesía colombiana del siglo xx. Pero antes de la aparición de *El transeúnte* el poeta

nacido en Santa Rosa de Osos, municipio que también vio nacer a Porfirio Barba Jacob y Darío Jaramillo Agudelo, había publicado en 1948 el libro titulado *Edad sin tiempo*, que con los años se convertiría en un añadido de su única obra vital. Y es que, como suele ocurrir en muchos aspectos esenciales de la vida, las primeras experiencias se engrandecen por el sentido de apertura e iniciación, sin dejar de ser el ensayo primero de una larga cadena que con el paso de los años y de las experiencias se irá depurando para obtener más provecho de su vivencia, por lo menos más reflexión. Así que, como anticipación de la imagen del camino que se prolonga hasta la muerte y del transeúnte que no tiene otra opción más que recorrerlo, la poesía de Echavarría manifiesta de entrada la identificación con la idea tan común, pero que siempre nos generará intriga, del tiempo que se va con lo que somos dejando en el camino pequeños rastros que se irán convirtiendo en ausencia.

Lo que no podemos guardar intacto, detenerlo en su aparición, se transforma continuamente y se depura como certeza de que hemos vivido. Aceptar la pérdida de los matices de los momentos que hacen nuestro día a día es la actitud que asume Rogelio Echavarría al sentirse extraño y solo en la lucha que se da en medio de la multitud. Somos demasiados transeúntes andando calles similares, encontrándonos en las esquinas o en las cafés a compartir alguna noticia o idea, o simplemente mirándonos con la complicidad de quien reconoce en el otro a un cercano y, al tiempo, con la extrañeza de comprender que estamos inmersos en la multitud que nunca lograremos reconocer. Estas ideas se leen en el primer poema del libro *El transeúnte*, cuya primera parte fue escrita entre 1945 y 1952 y publicado por primera vez por el Ministerio de Educación Nacional de Colombia en 1964. De entrada, los problemas se hacen evidentes: la fugacidad de la vida, el sentido de transitar la cotidianidad, la extrañeza, la soledad. Y como de los días solo podemos preservar lo poco que nuestra memoria y nuestra sensibilidad logran, es preciso ser honestos con nosotros mismos para no desfallecer en

la tarea de dar cuenta de aquello que ya hace parte del olvido, o simplemente, de aquello que no podemos traducir en las palabras del poema:

*Mas hemos de guardar de lo pasajero el perfume,
ceñirnos la espinada túnica de la rosa
a los hombros, amando la ignorancia
de las cosas que pasan y quedan sin saberlo.¹*

Rogelio Echavarría publica *El transeúnte* por las mismas fechas en las que resuenan las voces de las publicaciones de *Mito* (1955-1962) con su propuesta de renovación cultural, y con la posterior aparición del Nadaísmo con su despliegue de rebeldía y ostentación. Sin adherirse a un grupo en particular, la voz de Rogelio Echavarría se acerca más a la generación de *Mito* que la de los Nadaístas; sin embargo, desde el inicio se comprendió la particularidad de su poesía, lo que le valió elogios y un posicionamiento rápido en las primeras páginas de la poesía colombiana, como lo demuestran las palabras de importantes poetas de la época como Aurelio Arturo —admirado profundamente por Echavarría— Luis Vidales, Fernando Charry Lara o Mario Rivero, quienes publicaron notas en suplementos dominicales de los principales diarios del país valorando y aplaudiendo la aparición de una voz renovadora.

La ciudad es el escenario de ese personaje transeúnte que recorre los poemas de Echavarría. Las calles atiborradas de personas, los cruces de caminos entre desconocidos que pasan de largo, la rutina de quien en la inmensidad de la ciudad construye su ruta y se hace a lugares y personas que frecuenta. Es este el espacio de seres anónimos que son rescatados de su desaparición por seres de rutina que dotan de un sentido particular los caminos recorridos. En la ciudad todo tiende a difuminarse, a convertirse nada más que una parte mínima de ese gran todo compuesto de edificios y largas avenidas, y por supuesto, de personas que día y noche conviven en el intento individual de escaparle a la muerte. Pero, a pesar de ese destino ineluctable que

nos persigue, que nos recuerda la fragilidad que se expresa en los sentimientos que desajustan la tranquilidad que perseguimos constantemente, lo trascendental se expresa como deseo y amor, intervalos donde uno se da por completo a la fugacidad de la vida con la certeza de tener un momento de aparente eternidad, que sirve de aliciente para no caer derrotado ante el tedio de los días que nos encuentran por ahí a la deriva sin ilusión:

Mírame: yo soy el que ves siempre a la orilla de tu lecho

y con quien habrás de rasgar el velo que cubre los sueños.

Soy el diseminado, que tiene en ti el último centro.

Busco una soledad que prolongue la mías.²

Pero no se trata de la esterilidad de lo cotidiano, o del reproche de la rutina. Todo lo contrario, lo cotidiano es el código que hemos hallado para encontrar una distracción para la soledad incansable, para menguar la sensación de pasar desapercibidos, ignorados por la ciudad que nos contiene. Si bien cada día que pasa encabeza la lista de las cosas que perdemos, el deseo resiste la ausencia y se aferra a una presencia para conservar por lo menos bajo la forma del recuerdo. En ese territorio de soledades que habitamos, el instante donde el amor irrumpe en la cotidianidad se convierte en nuestra labor fundamental, una tensión que no tiene un punto definitivo sino que exige, como la rutina, combatir cada día la distancia, resolver los asuntos que quedan en la lista de pendientes. El tono amoroso de algunos de los poemas de Rogelio Echavarría busca entablar un vínculo, a pesar de las imperfecciones y de la ausencia, de seres que se intuyen y se necesitan en el tránsito de sus mundos. El transeúnte que padece su extrañamiento y su soledad sabe que cuando ama, cada uno de sus instantes cambia; ya no tiene que imponerse la resignación como actitud que oculta el vencimiento, sino que compone su vida de una ilusión que le permite una pequeña seguridad en el mundo.

Pasando por la fugacidad del tiempo, la sombra de la muerte, la soledad constante, el amor que todo lo renueva, la obra de Rogelio Echavarría se configuró paso a paso. Igual que el transeúnte que simplemente agota cada día su ruta y es capaz de lograr un nuevo matiz de la repetición de lugres y personas, así mismo *El transeúnte* fue sumando poemas con el paso de los años. Transitar la vida asumiendo el desgaste y aferrándose a las ilusiones que hacen que la vitalidad sobreviva, sin hacer un elogio de uno mismo, sin engrandecer esa presencia común y corriente que somos es una idea que sirve para expresar el rastro que dejan los poemas de Echavarría. El poeta que fue periodista y que escribió solamente cuando podía, cuando tenía a la mano una hoja y un bolígrafo para rescatar un momento, una imagen o una sensación, apeló a un ritmo definido por la brevedad y la definición. Hay que asumir que uno solo puede ir hasta donde las fuerzas lo permiten, lo demás es forzar la marcha, entrar en el afán y en la desesperación. Este no es el caso. En una entrevista realizada por el escritor y periodista argentino César Tiempo y publicada en 1976 en el periódico *Clarín* de Buenos Aires, y posteriormente en diarios nacionales, Rogelio Echavarría respondió así a la pregunta de por qué no había vuelto a escribir después de la publicación de *El transeúnte*:

Porque en los momentos de naufragio y desfallecimiento no tengo un lápiz a mano... Y cuando lo tengo, ya estoy otra vez tranquilo y me dedico a disfrutar el instante amable de la vida, porque es más urgente y más fácil vivirla que describirla (2000, p. 77).

Esta respuesta nos da claridad sobre su concepción del ritmo en la poesía: la poesía necesita que el instante encuentre preparado al poeta, es decir, que las palabras sean capaces de nombrar aquello que quizá puede ser un momento que una vez ocurrido no será más que material para el olvido.

La insistencia de Rogelio Echavarría fue la de hacer pasar la cotidianidad por la poesía,

asumiendo sin dolor que todo lo consume el tiempo, lo convierte en polvo y nosotros, muchas veces sin enterarnos, o sin querer-nos enterar, no nos percatamos de ello. Al final nos espera la muerte, el último rostro de la vida. Así lo decía con su tono cauto y sencillo, que sabía concebir lo que es nuestro instante en el mundo:

*¡De suerte que este instante es la vida!*³

En el año 1999 la Universidad de Antioquia le confirió a Echavarría el Premio Nacional de Poesía por reconocimiento. Su nombre se sumó al de Álvaro Mutis, José Manuel Arango, Jorge Artel y Meira Delmar. Entre las últimas publicaciones de *El transeúnte* destacan la edición preparada por la Universidad de Antioquia en 1994, con ilustraciones de Fabián Rendón, y la de 2004, de la misma universidad, ampliada y organizada por el autor. Un solo libro. En ocasiones con eso basta en la poesía. ■

Notas

¹Fragmento de “Tránsito”.

²Fragmento de “Declaración de amor”.

³Fragmento de “Final”.

Referencias

Cobo Borda, J. G. (selec.) (2000). *El transeúnte paso a paso*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Echavarría, R. (1994). *El transeúnte*. Medellín: Universidad de Antioquia.

_____. (2004). *El transeúnte 1947-2003*. Medellín: Universidad de Antioquia.



Andrés Esteban Acosta Zapata

Egresado de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesor de cátedra y colaborador de la Emisora cultural de la misma institución.

{ Novedades }

El libro de los viajes o de las presencias
Fernando González
Editorial EAFIT
385 p.



Casas moriscas de Cartagena de Indias y Barranquilla. El neozarí en la arquitectura republicana (1918-1930)
Karen David Daccarett
Editorial Universidad de Antioquia
200 p.



La contradicción
Carlos Másmela
Editorial Universidad de Antioquia
372 p. / E-book

